

In Memoriam

ENRIQUE BALCELLS ROCAMORA (1922-2007)

Profesor de Investigación del CSIC

Ex-director del Centro Pirenaico de Biología Experimental de Jaca

Doctor Honoris Causa por la Universidad de Zaragoza

Nacido en Barcelona el 31 de marzo de 1922 la muerte casi le encontró trabajando el 5 de febrero de 2007. Lo había estado haciendo hasta el mismo día del óbito, en jornadas sin pausa, rebañando ideas al tiempo y entregando lo mejor de sí mismo a cuantos tuvimos la suerte de contarle entre nuestros maestros. Fue enterrado en Jaca, su tierra de adopción. En ella pasó más de la mitad de su vida desde que, en 1963, en la *tasca* de San Juan de la Peña, recibió del Secretario General del CSIC, el edafólogo D. José María Albareda, el encargo de creación del Centro Pirenaico de Biología Experimental, precedente del Instituto Pirenaico de Ecología actual, con el que continuó colaborando tras su jubilación oficial acaecida en 1987.

Licenciado en Ciencias Naturales por la Universidad de Barcelona en 1943 y doctorado en Madrid en 1950 con un tema sobre ecología de insectos-plaga, se caracterizó por su afán y persistencia para integrar los resultados de sus investigaciones en la mejora de calidad de vida de las gentes de la montaña, sin renunciar por ello ni a la precisión académica que se exigía, transmitía e imponía a sus colaboradores, ni a la profundización investigadora sobre temas concretos que rápidamente extendía a las disciplinas cercanas, pues estaba convencido de que “en estos espacios de contacto es donde se encuentran las mejores posibilidades de progreso aplicado”. Esta convicción, casi inevitablemente le llevó a considerar todos los temas desde un planteamiento ecológico, ya que no ecologista, como acostumbraba a recordar.

Su duda -que expresaba con relativa frecuencia, aunque en su interior tenía muy clara la respuesta- era si no sería mejor emplear el concepto de Ecología Humana para subrayar la necesidad de actuación en la sociedad que otros propugnábamos desde el campo geográfico. Cuando esto sucedía, estaba en el umbral de lo que él mismo denominó la cuarta época de su investigación dedicada a “Los ecosistemas montanos y el hombre” y tuvo una larga gestación a caballo de las décadas de los sesenta y setenta en las que se configuraron las grandes directrices del Centro Pirenaico de Biología, abierto a la pluralidad que tal empeño demandaba.

En él se dio entrada a geógrafos, a los que contribuyó a formar más allá de los meros contenidos de su zoología de origen, mientras escuchaba con oído atento cualesquiera informe que la gente de su centro evacuaba pública y diariamente en las pausas para el té que el centro investigador aprovechaba para sumar en un acervo común las aportaciones sectoriales de geólogos, veterinarios, botánicos, climatólogos, edafólogos y cualesquiera profesional presente. De allí salían proyectos de nuevas excursiones y actuaciones, hipótesis de trabajo, colaboraciones, contactos y hasta provisiones de fondos, muchas veces más allá de lo que los presupuestos oficiales podían alegar. Su coche y su casa conocen de su hospitalidad para los investigadores tanto como éstos recuerdan de su afecto. José María García Ruiz, Teodoro Martínez Lasanta y yo mismo, por citar solamente geógrafos, tuvimos la suerte de beneficiarnos de este ambiente de pluralidad y respeto.

Su labor investigadora estuvo impregnada de un profundo conocimiento del territorio, que en parte se consolidó al heredar la dirección del Instituto de Estudios Pirenaicos, nacido en Jaca con una clara vocación geográfica que él supo traducir en ecología aplicada. Su conocimiento del territorio empezaba por su conocimiento directo de los territorios, lo que le permitía establecer comparaciones, diferencias, que con frecuencia se traducían en enfoques similares a fortalezas, debilidades, oportunidades y amenazas, aplicados a la ordenación territorial mucho antes de que la Economía los popularizara en el mundo de la empresa.

Era una persona que había viajado muy por encima de lo que lo habían podido hacer sus coetáneos científicos. Nacido en el seno de una familia catalana de buena posición económica, antes de doctorarse, visitó Cuba, Estados Unidos y la mayor parte de la Europa desarrollada, especialmente Francia y Suiza, lo que le confirió amplitud de miras y saberes de los que carecían la mayor parte de los investigadores españoles de la época, anclados en bibliotecas y laboratorios.

Sus intereses viajeros buscaban igualmente el Instituto de Zoología de Ginebra, los museos de Historia Natural de París o Basilea para estancias de investigación, que las universidades de Madison (Wisconsin) o Chicago, el Museo de Nueva York o el de Lausanne, pero ello no le impedía ponerse las botas de campo para trabajar en la Estación Agronómica de Nion, Escuela de Agronomía y Ganadería de Nion o, también en Suiza, en el conocido Parque de la Engadina, mientras que, en infinidad de granjas y visitas rurales, en las que no se identificaba, si ello era posible, buscaba de forma distendida "los fundamentos científicos de las prácticas habituales de agricultores y ganaderos" en lo que constituyó una de sus líneas preferentes de investigación compartida, especialmente, con los geógrafos.

Sus contactos con los principales institutos europeos de investigación, convenientemente intensificados en su etapa de director del centro de Jaca, los mantuvo toda

su vida al máximo nivel apoyado en dos grandes pilares: las relaciones personales y la preocupación por la calidad y regularidad de las publicaciones que permitieran el mantenimiento de los intercambios y el conocimiento exterior de la obra realizada en la capital jacetana.

De su preocupación por las relaciones personales dan fe las innumerables excursiones y reuniones científicas organizadas para el conocimiento de los Pirineos, y en especial de los profesionales de uno y otro lado de la montaña. Los Congresos de Estudios Pirenaicos hallaron en el Centro de Biología una referencia bajo su mandato. De su preocupación por la difusión de las investigaciones es necesario resaltar su papel como director de revistas que no se conformaba con sacarlas periódicamente de la imprenta, sino que supo imprimirlas su sello personal, aconsejando a jóvenes científicos, corrigiendo, sugiriendo, raramente censurando si la objeción no venía acompañada de la solución o las propuestas convenientes.

Aquí estuvo una de las claves que contribuyeron a propulsar el camino de sus discípulos y del propio I.P.E. que recibió el espaldarazo de su gran prestigio exterior compartido con otro de los pilares y cofundadores del Centro pirenaico de Biología experimental, el botánico Pedro Montserrat, al igual que él, profesor de investigación del C.S.I.C. e igualmente preocupado por el progreso y aplicación de la Ecología de Montaña, vista como parte de la Ecología Humana.

Esta implicación en la gestión constituye otra de las características relevantes de la personalidad del Dr. Balcells. Fue, entre otros cargos importantes, Director del Centro pirenaico de Biología Experimental (1963-1983) Director del Instituto de Estudios Pirenaicos (1966-1984) Consejero de Número del C.S.I.C. (1968-1976) y Vicepresidente del Patronato Alonso de Herrera, (1971-1976), Presidente del Comité Español para el programa de la UNESCO, "Hombre y Biosfera" (1975-1978) y su Vicepresidente hasta 1988 y, hasta poco antes de su muerte, representante del C.S.I.C. en el Patronato del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido.

Pero su labor de gestión no se acababa en puestos oficiales. De hecho, su trayectoria vital no puede entenderse sin hacer mención a su desempeño como empresario que comprometió su propio patrimonio para sacar adelante la vaca pirenaica, en la certeza que le proporcionaba su conocimiento del Pirineo y sus gentes, de que solamente con resultados podría convencer a los ganaderos. Fue una labor en la que supo combinar sus conocimientos de biólogo, en funciones de ecólogo, con el convencimiento, demostrado desde su propia experiencia ganadera, de las bondades de esta raza, tanto para contribuir al equilibrio ecológico de la montaña como para competir ventajosamente en el mercado por la calidad de sus productos.

Deja publicados más de trescientos trabajos científicos que, especialmente en los últimos decenios de su vida, abarcaron un amplio espectro temático reflejo de su pre-

ocupación por acercarse a la ecología de montaña desde enfoques variados aunque siempre complementarios. De ello se benefició su disciplina de origen, pero al tiempo transmitió tales inquietudes a profesionales de otras ciencias, empezando por su labor formativa en los Cursos de Verano iniciados a finales de los sesenta, así como en los continuados contactos de campo con la naturaleza, que acabaron por formar la urdimbre del IPE tanto en lo humano como en el compromiso de vinculación con la montaña y sus gentes.

Hasta tal punto ha llegado este compromiso personal de Enrique Balcells con la montaña pirenaica, que ha recopilado materiales que permiten ya el funcionamiento de Museos Etnográficos; ha integrado a las gentes de la Jacetania en los quehaceres diarios del Centro que, para muchos, se ha convertido en referencia de actuación para sus actividades, y todo ello ha llevado a que la Ciudad de Jaca haya reconocido su labor concediéndole el "Sueldo Jaqués", su más alta distinción que solo se concede esporádicamente, y le haya otorgado su nombre al andador de la ciudad que separa los edificios del C.S.I.C. y de la Universidad de Zaragoza, la cual, a propuesta de su Departamento de Geografía y Ordenación del Territorio, tuvo a bien nombrarlo Doctor Honoris Causa, por sus múltiples contribuciones, aquí escuetamente esbozadas.

José Luis Calvo Palacios
Catedrático de Geografía Humana